

La revolución de 1904, y un abrazo en la frontera

Dr. Carlos Etchegoyhen

In memoriam Dr Rubens Esperón.

En 1898 John Luther Long, un abogado de Philadelphia, inspirado en ciertos datos que le habría brindado su hermana, casada con un misionero residente en Japón, escribe una novela para la Century Magazine en la que trata del desventurado amor de una joven japonesa por un oficial de la marina estadounidense. Durante un tiempo ambos conviven como marido y mujer, pero él la deja y se va a su país sin saber que ella quedó encinta de esa relación; cuando el marino vuelve a Japón, casado con otra mujer, y sepa de ese niño, se lo llevará consigo: no se sabrá más nada de su madre. Long llamó a esa historia de amor y traición *Madame Butterfly*.

Apenas dos años más tarde, el 5 de marzo de 1900, el exitoso autor y director teatral de Broadway, David Belasco, pondría en escena su versión de la obra de Long, con algunas modificaciones significativas –como finalizar la obra con el suicidio en escena de la protagonista, por ejemplo-, en el Herald Square Theatre de New York, logrando singular apoyo del público y muy buena recaudación. Al mes y medio estrenó la obra en Londres, y también con el teatro



colmado, noche a noche, durante más de sesenta representaciones. En una de esas oportunidades la vio Giacomo Puccini, de gira por Inglaterra, quien no obstante no saber prácticamente nada de inglés quedó atrapado por la escenificación de esa tragedia de amor, traición y muerte. Ahí mismo el conocido compositor solicitó al dramaturgo los derechos para hacer su propia versión, operística: su editor, G. Ricordi, recién lograría adquirirlos un año más tarde.

El drama de Belasco era un solo acto, largo, pero los libretistas de Puccini –L. Illica y G. Giacosa– creyeron mejor libretarla en tres actos, lo que Puccini no parecía aceptar: pero al fin transó y se hizo en dos. Puccini, tras casi tres años de episodios difíciles de su vida –un accidente automovilístico con severos traumatismos, el suicidio de su joven enamorada, una profunda tristeza, más una severa crisis conyugal con posterior reconciliación– terminó de musicalizar el argumento el 27 de diciembre de 1903. La ópera se llamó *Madama Butterfly*, y fue estrenada el 17 de febrero de 1904 en el teatro Alla Scala de Milán, con Rosina Storchio como Cio-Cio-San, la protagonista.

Giovanni Pozza, del *Corriere della Sera*, dirá: “El largo primer acto - ¡es demasiado largo! - fue escuchado con gran frialdad. A su fin, sólo aplaudió un reducido sector del público, pero la mayoría trató de acallar las ovaciones [...] Después de que los cantantes tuvieron ocasión de presentarse frente al telón, salió al escenario el maestro Puccini apoyado en un bastón –la fractura de su pierna no ha curado aún... Y en ese instante pareció caer sobre su persona un odio incomprensible y una feroz violencia.”¹

Ramelda, hermana de Puccini, escribió a su esposo –esa misma madrugada, insomne– que “no entiendo como pudimos soportarlo tanto tiempo. No escuchamos casi nada del segundo acto y antes del final huimos despavoridos del teatro. ¡Qué público tan repugnante, ruin y maleducado! ¡Ni el menor vestigio de respeto! [Giacomo] Está convencido de haber creado una buena obra y tiene fe en que encontrará la manera de enmendarla. [...] ¡Maldita sea la hora en que se empeñó en presentar su ópera en la Scala!”²

1 Pahlen. Kurt, König. Rosemarie, - Introducción y comentario al libretto de “Madama Butterfly. Giacomo.

2 ídem, p 238

Puccini dirá, años más tarde, a su amigo Arnaldo Fraccaroli que aquel “¡Fue un día terrible! La derrota me hirió profundamente hondo, porque me sorprendió inermemente. No la esperaba en absoluto. Sin embargo capeé el temporal que se desató con una fe inflexible en mi obra. Amaba demasiado a esa criatura mía, como para creer en la justicia de un juicio tan hiriente y ultrajante.”³

Por fortuna el compositor modificó algunos aspectos de la obra: aligeró los temas y sus tiempos, en lugar de dos actos la hizo en tres, suprimió escenas, acaso algunos parlamentos y también personajes menores. Y decidió reestrenarla pronto, en Brescia, con Salomea Kruscenytska en el rol protagonista. El éxito fue total, definitivo.

Rosina Storchio, quien interpretó por vez primera a Cio-Cio-San, y de manera sublime, decidió que tras aquel bochornoso día de estreno en Alla Scala, nunca más volvería a interpretar a Madama Butterfly en Italia: no lo merecían, sentenció. Sí lo haría, en junio de 1904, y con la dirección de Arturo Toscanini, en el Teatro Colón de Buenos Aires. Y en el resto del mundo.

Así, apenas dos meses más tarde, el 25 de agosto de 1904, se estrenaba Madama Butterfly en el Teatro Solís de Montevideo, con un lleno total. Y eso que la compañía había tenido sus serias dudas de venir a Uruguay, ya que sabían que el país se debatía en una guerra civil que enlutaba a la nación. Pero al fin decidieron cumplir con el compromiso contraído y se presentaron ante el público montevideano, y tuvieron un destacado, insospechado éxito. Y con Rosina Storchio como Cio-Cio-San.

*

A raíz del gran suceso es que Francisco L. Sambucetti, figura eminente del Instituto Verdi, y director de una publicación prestigiosa, reflexionaba con amargura:

“... Nuestra sociedad no se siente herida por las desgracias que el país sufre. Acaban de verificarse tres temporadas teatrales, con precios subidísimos, y cada representación ha acusado un lleno completo.

Primero Zacconi, luego Novelli, y ahora la compañía de ópera de los empresarios Nardi y Bonetti, han atraído sucesivamente la atención de nuestro público en forma verdaderamente notable. Alguien nos dirá que estos éxitos –para nosotros incomprensibles– tienen su explicación en la talla de los artistas que nos han visitado.



Nutriguía
Conocer más para alimentarse mejor

Nueva edición con Nutriguía Terapéutica actualizada:

Nutrición y Cáncer . Obesidad
Hipertensión Arterial . Dislipemias
Síndrome Metabólico . Osteoporosis
Constipación . Diabetes

Los diagnósticos actuales basados en los últimos consensos. Terapias nutricionales. Información sobre tratamientos quirúrgico y farmacológicos.

En venta con precio bonificado para socios del SMU
www.nutriguia.com.uy - 901 0159

Pero nosotros no participamos de esa opinión, sin desmerecer en lo más mínimo la autoridad artística de los distinguidos intérpretes llegados últimamente [...]

En momentos en que el espíritu debiera estar retraído, con la mirada fija en esos millares de hombres –que son acaso nuestros padres, nuestros hermanos o nuestros hijos– en su marcha por la campaña, vamos a suscribirnos a temporadas teatrales, a precios carísimos, cuando la Junta Central de Auxilios y la Cruz Roja Uruguaya carecen de recursos para la asistencia de heridos [...] No vamos a pretender que la sociedad se condene a la vida del ermitaño, en razón de la actual situación; pero sí que su corazón palpite al unísono del de nuestra desgraciada patria.”⁴

**

Coincidiendo con esa apreciación di Candia dirá que, en ese entonces, había gente en Montevideo “cuyas zozobras cotidianas no incluían el verse inmersa en luchas fratricidas. Otras y más frívolas habían sido hasta ese momento las preocupaciones de los casi 300.000 montevideanos. Por lo menos las de quienes integraban las minorías que se repartían

las parcelas del poder, ostentaban el privilegio de votar porque sabían leer y escribir, tenían dinero y conocían de cerca los avatares siempre azarosos de la vida política. Los grandes temas podían ser los ecos de la primera presentación en el país de Arturo Toscanini”, o bien el estreno de *Madama Butterfly*. Al tiempo que el pueblo peleaba y moría: en Mansavi-llagra, Illescas, Fray Marcos, Paso del Parque, Tupambaé...⁵

“Tupambaé es considerada con justicia la batalla más enconada, larga y sangrienta de nuestra historia. Durante tres jornadas, hasta agotar sus municiones, 15.000 revolucionarios (de los cuales sólo una cuarta parte tenía armas de fuego) se enfrentaron a casi 3.600 soldados gubernistas mucho mejor pertrechados y con una provisión de balas que superaba en varias veces a la de sus enemigos” – sentencia di Candia.⁶ Y precisa “el tremendo recuento de las bajas”: 111 muertos y 765 heridos entre los colorados, según el Dr. Alberto Eirale, médico gubernista; 178 muertos y 795 heridos los blancos, según José Monegal.

Poco días más tarde, justo cuando Sambucetti se do-ía por la escasa sensibilidad hacia la dramática contienda por el público del Solís –en rigor las clases poseedoras, sus personeros-, en campos de Masoller se libraba la última batalla. Ese día el jefe revolucionario, Gral Aparicio Saravia, junto a su abanderado Germán Ponce de León, y montando su caballo tostado, de poncho y sombrero claros, alentaba a su vanguardia: dos balas rozaron anca y paleta del fle-te, y una tercera –certero plomo de Máuser Dovitis- atravesó el vientre del General, de atrás adelante, y de izquierda a derecha. Aparicio resultó herido fatalmente.

5 di Candia. César, - *Los años del odio*, Col. Búsqueda, Ed. Fin de Siglo, Mvdeo, 3ª edición, 1994, p 241.

6 ídem, p 264



Sanidad Militar del Ejército Revolucionario. Sentados: Dr. J. Ponce de León, Dr. A. Lussich, Dr. Alfonso Lamas, Dr. Eduardo Lamas, Dr. Juan B. Morelli. De pie: Uriarte, Uri, Muñoz, Dr. Olivera, Capilla, Arrambide, Lema, Cicao. Fotografía tomada del libro Aparicio Saravia. Las últimas patriadas, de Enrique Mena Segarra (EBO, 2004).

Debe rescatarse que, a la hora de la contienda, y del dolor, no todo era insensibilidad: varios médicos, y practicantes, ofrecieron voluntariamente sus esfuerzos y conocimientos en la atención de los combatientes, acompañando muchas veces a los revolucionarios en las diversas peripecias de la lucha: siendo heridos a veces ellos mismos, o bien apresados y maltratados, y acaso reclusos en la Isla de Flores.

Al caer Aparicio lo sostuvo en sus brazos Arrillaga, y rápidamente fue atendido por el joven médico Alejo Martínez y el practicante Trotta, quienes le brindaron los primeros auxilios. A breve plazo, y cerca de ahí, lo asistió otro médico saravista, el Dr. Arturo Lussich, quien le aplicó láudano para mitigar su creciente dolor. Y fue él quien lo acompañó hasta lugar seguro, en la frontera, para seguir asistiéndolo. En pocos días el paciente instaló una peritonitis, y se le agregó luego una bronconeumonía: empeoró.

En 1984 ante un grupo de alumnos, el Prof. Dr. Julio Rosa Dotti rememoraba, minucioso, un episodio conexo de merecido destaque: el Dr. Lussich, ante la creciente gravedad de su paciente, optó por llamar en consulta al Dr Luis Mondino, médico gubernista, de la vanguardia del ejército del Gral Pablo Galarza. El Dr. Mondino, en un gesto de solidaridad y ética profesional, se dirigió hacia la frontera y se presentó en el campo revolucionario. Allí ambos galenos valoraron la penosa situación del paciente, las serias limitaciones para implementar ninguna otra medida o gesto terapéutico, y coincidieron ambos en el reservado y sombrío pronóstico del caso. A media tarde se despidieron con un abrazo, y el Dr Mondino retornó a filas del ejército.

El 10 de setiembre de 1904, en estado comatoso y delirando, el Gral Aparicio Saravia, el “Cabo Viejo” de Passo Fundo –aquel que pretendía “la dignidad arriba y el regocijo abajo”– dejó de existir en la estancia gaúcha de doña Luisa Pereira de Souza.

El Presidente electo por el Partido Colorado y la minoría blanca liderada por Eduardo Acevedo, don José Batlle y Ordóñez, era el vencedor de la hora: al fin lograba unificar al país, y consolidar su dominio. Cuando la noticia de la muerte del jefe revolucionario llegó al Presidente, éste dijo, créese que conmovido: “¡Pobre gaicho!”

Las fuerzas vivas de la nación, a las que aludía di Candia –¿o los vivos de la fuerza?, sugeriría El Hachero –seguirían, largo tiempo, mostrando una particular sordera al clamor de los más doloridos, y exhibiendo en oportunidades un indignado desdén ante cualesquiera de sus conquistas. Impiadosos. No obstante ello la solidaridad con el prójimo, y una ética que consagra y promueve los derechos de los más necesitados, siguieron abriéndose camino. Y logrando más adherentes, claro.